

vores del cielo, ya que considerase como licencias sacrilegas las que había obtenido, ya en fin que sintiese aquel espanto que se apoderaba de un reo demasiado joven cuando la Roma pagana le expedía dispensas de edad para morir, Rancé fue á esconderse á la Cartuja. Solo Dios lo vió en el altar. El futuro morador del desierto consagró sobre la montaña, al Oriente de Jerusalem, las primicias de su soledad.

«Lo que el mundo llama las pasiones hermosas, dice uno de los historiadores de Rancé, ocupaba su corazón: los placeres le buscaban, y él no huía de ellos. Jamás hombre alguno tuvo las manos mas limpias, gustó mas de dar ni menos de recibir.»

El presbítero Marsolier, cuyas palabras cito, estaba encargado de escribir la vida del reformador por orden del rey y de la reina de Inglaterra. Los preceptos de aquellas magestades caídas imprimen á la expresión del siervo de Dios aquel carácter atemperante y grave que inspira el infortunio en las altas gerarquías.

Mazarino no miraba con buenos ojos á los hombres que procedían de la Fronza; todavía gustaba menos de los protegidos de Richelieu y se oponía al adelantamiento de Rancé, adelantamiento á que tampoco se prestaba Rancé, cuando no hallaba en él su conveniencia. Poco tiempo despues de haberse ordenado de sacerdote rehusó el obispado de Lyon, cuyas rentas no le parecían bastante cuantiosas; la Bretaña ademas distaba demasiado de la corte. Cuenta el padre Gervaise que la caza era una de sus diversiones favoritas: «Mas de una vez se le ha visto, dice, despues de haber cazado tres ó cuatro horas por la mañana, andar el mismo dia en posta de 12 ó 13 leguas para ir á sostener una tesis en la Sorbona ó á predicar en París con tanta tranquilidad de espíritu como si acabara de salir de su despacho.» Habiéndole encontrado un dia Champvallon en la calle, le dijo: «¿Adónde vas abad; qué te haces hoy?—Por la mañana, respondió, voy á predicar como un ángel, y por la tarde á cazar como un diablo.»

El presbítero de Marolles, en sus Memorias, cita á Rancé: «Era este abad, dice, de un carácter tan suave y de un talento tan cultivado, que si el rey hubiese tenido á bien nombrarle coadjutor del ilustrísimo señor arzobispo de Tours, su tío, este hubiera tenido una grandísima satisfacción, tanto por el bien de su diócesis, cuanto por el honor de su familia.» «El arzobispo creyó al principio, continúa diciendo Marolles, que no había por mi parte en esto mas que pura cortesía; pero cuando conoció que me interesaba de veras á causa de las grandes esperanzas que fundaba en la capacidad del abad Rancé, me dió las gracias.»

La inclinación militar de Rancé le llevaba á las escuelas de esgrima, y nada podía compararse á su alegría cuando lograba hacer saltar el florete de manos de un maestro de armas.

El traje de capricho del que debía vestir el sayal, era una ropilla morada de riquísimo paño; llevaba el cabello largo y rizado, dos esmeraldas en los velos y un soberbio diamante al dedo. En el campo ó cuando iba á caza, no se le veía encima ninguna insignia de los altares: «Llevaba, prosigue Gervaise, la espada á la cintura, dos pistolas en el arzon de su silla, una ropilla color de corza, y un corbatín de tafetan negro de donde pendía un bordado de oro. Si cuando iban á verle personas graves se ponía una ropilla de terciopelo negro con botones de oro, creía hacer mucho y vestirse regularmente. Rara vez decía misa.»

Nos quedan algunas páginas de Rancé tituladas *Memoria de los peligros que he corrido durante mi vida y de que solo me ha preservado la bondad de Dios*. A la edad de cuatro años, dice el autor del *Memorio*, me atacó una hidropesía, de la que nadie creía que llegase á sanar. A los catorce años tuve vi-

ruelas: una vez probando un caballo en un patio, le paré dos veces delante de la puerta de una cuadra hasta que desbocándose, atravesó dos puertas; que fue una especie de milagro que pudiera hacerlo sin matarme.»

Signen otros cinco ó seis accidentes de caballos que prueban el arrojo y serenidad de Rancé. He visto algunos borradores de Bonaparte cuando joven; Bonaparte iba clavando piquetes en el camino de la gloria como Rancé en el camino del cielo.

Estos peligros á que le exponía la casualidad hicieron grande impresion en una persona sesuda en quien empezaban á nacer graves reflexiones. Relacionándose con una mujer que ya había pasado de la primera juventud, Rancé hubiera debido echar de ver que la viajera había recorrido antes que él una parte de camino.

Madama de Montbazon fue objeto de la pasión de Rancé hasta el dia que este vió ondear un cilicio entre las nubes de la juventud. «Mientras me ocupo de estas cosas criminales, dice un anacoreta, las abejas revolotean por la márgen de los arroyos para libar la miel tan dulce á mi lengua que pronuncia tantas palabras injustas.»

Con arreglo á la idea que generalmente se forma de Rancé, no se verá sin admiración esta pintura de su primera vida, y sin embargo, no se puede dudar de estos hechos, pues que los refiere el mismo Le Nain, amigo de Rancé, y prior de la Trapa, encerrándolos en estas pocas palabras:

«Una juventud pasada en los placeres de la corte, en las vanas y aun reprehensibles investigaciones de las ciencias, despues de haber abrazado el estado eclesiástico sin mas vocación que su ambición, que le arrastraba con una especie de furor y ceguera á las primeras dignidades de la Iglesia; este hombre, todo sumergido en el amor del mundo, se ordenó de sacerdote, y el que había olvidado la senda del cielo, es recibido doctor en la Sorbona. Tal fue la vida de M. Le Bouthillier hasta la edad de treinta años, siempre en festines, siempre en jaranas, en el juego, y en las diversiones del paseo y de la caza.»

Lo mismo ha dicho doscientos años despues el cardenal de Bausset.

No habiendo podido conseguir el arzobispo de Tours, el principal ambicioso de su familia, obtener por coadjutor á su sobrino Rancé, le hizo nombrar, en calidad de arcediano de Tours, diputado á la asamblea del clero en 1643, y al mismo tiempo presentó su dimisión de limosnero mayor del duque de Orleans, despues de haber obtenido que le sucediera en este cargo el abad. Dos años duró la asamblea del clero y solo el durante primero asistió á ella Rancé; allí estrechó los lazos que le unían al cardenal de Retz, capaz él solo de emponzoñar las naturalezas mas privilegiadas. En esta asamblea aumentó Rancé su reputación acudiendo en auxilio de Francisco de Harlay, arzobispo de Rouen, que luego fue arzobispo de París. El clero comisionó al abad Le Bouthillier para vigilar con los obispos de Vence y de Montpellier, una edición griega de Eusebio, ó según otros de Sozomeno ó de Sócrates. Nombrado limosnero mayor del duque de Orleans, firmó el formulario, pues aunque de conducta diferente en todo, seguía las doctrinas de Bossuet. Como parlamentario era fiel á la corte, y en varias discusiones que se suscitaron, manifestó grande inteligencia en los negocios, lo que le ocasionó algunos enemigos; hasta el punto de no faltar quien le aconsejase la retirada por no considerar segura su vida; temor infundado, pues Mazarino no era hombre que hacia asesinar. Rancé despues de haber ido á dar las gracias á Gaston en Blois, se retiró á Veretz donde continuó sus alegres pasatiempos. Poco despues ocurrió el accidente que cambió su vida.

Hay un silencio que agrada en todas estas cosas, hoy tan completamente ignoradas y que lo trasladan á uno á los tiempos pasados. Removiendo estos recuerdos que se van como polvo, ¿qué se saca sino una prueba mas de la vanidad del hombre? Dramas ya acabados que reproducen las fantasmas en los cementerios antes de la primera hora del dia.

LIBRO II.

Existe un tratado de 230 paginas en dozavo impreso en Colonia por Pedro Marteau en 1683 con estos dos títulos: *Los verdaderos motivos de la conversión del abad de la Trapa, con algunas reflexiones sobre su vida y escritos, ó los Coloquios de Timócrates y Filandro sobre un libro titulado: Los santos deberes de la vida monástica*. En otra ocasión hablaré de esta segunda parte; lo que de ella voy á citar actualmente no es mas que por incidencia. Dice así:

«Ya os he dicho que el abad de la Trapa era muy enamorado. Su último galanteo fue con una duquesa famosa por su hermosura, y que despues de haber felizmente evitado la muerte al pasar un río, la halló pocos meses despues. El abad, que iba de cuando en cuando al campo, se hallaba en él cuando ocurrió esta muerte imprevista. Sus criados, que no ignoraban su pasión, cuidaron de ocultarle aquel triste suceso que supo á su vuelta.» «No hay una palabra de verdad de lo que se cuenta de la duquesa de Montbazon, dice el memorialista, fuera de las cosas que han dado curso á esta ficción. Yo se lo pregunté francamente al abad de la Trapa, y hé aquí lo que me respondió.»

La autoridad seria decisiva si la respuesta fuese perentoria. En vez de explicarse, el duque de Saint-Simon pasa á contar las relaciones de Rancé con los personajes de la Fronza; pero por lo demás asegura, como el P. Gervaise, que la duquesa murió de sarampion; que Rancé estaba junto á ella; que no la dejó un instante y que la vió recibir los sacramentos. «Despues, añade, se fué el abad á su quinta de Veretz, lo cual fue el principio de su separación del mundo.» De estas finales palabras puede colegirse hasta qué punto se engañaba Saint-Simon. Los contemporáneos admiradores de Rancé parecen haberse concertado para no hablar de su juventud, sin advertir que menoscaban la gloria de su héroe, haciendo menos meritorios sus sacrificios, cosa tanto mas extraña cuanto dicen bastante para descubrir lo que omiten, unas veces anunciando que un religioso se había sepultado en la Trapa, por haber hecho lo que había turbado á Rancé, y otras que el mismo Rancé no cesaba de llorar sus fragilidades. «El abad de Rancé, entregado á todas las seducciones del mundo, dice el cardenal de Bausset, se precipitó en un género de vida poco adecuada á la santidad de su estado, y que degradaba en cierto modo el triunfo que había obtenido sobre su ilustre émulo... El abad de Rancé expiaba bajo el cilicio y el sayal los devaneos de su juventud.» Maupeou, uno de los tres historiadores contemporáneos del abad de la Trapa, había leído la relación de Larroque, y la impugnó sin destruirla. Lo único nuevo que nos comunican es la exhortación que hizo Rancé á la moribunda.

Maupeou había compuesto una obra expresamente contra Larroque, y Rancé, al tener noticia de sus intenciones, se apresuró á escribirle: «Vuestra obra alentará á la crítica; dará ocasión á réplicas y me acarreará una infinidad de enemigos. Dios sabe lo mucho que os estimo y considero; mas con todo no puedo menos de suplicaros que renunciéis á la obra, si es posible. Estoy tan persuadido de que lo mejor es guardar silencio en esta ocasión, que nunca he querido que se imprimiese lo que había pensado poner en el prefacio de la segunda edición de las *Ilus-*

traciones, á pesar de ser ello tan moderado. Nada tengo que añadir á este billete, amigo mio, sino que nada os podré agradecer tanto como el que os conforméis con mi modo de pensar. (1) (17 de marzo de 1686).

La vivacidad con que escribe Rancé á Maupeou revela grandes inquietudes. El P. Bonhours refuta también los *Verdaderos motivos de la conversión del abad de la Trapa* en su diálogo 4.º, páginas 528 y 529; pero todo lo que dice se reduce á varias declaraciones sin pruebas.

Marsolier, segundo escritor de la vida de Rancé, guarda también silencio, pero Le Nain, el tercero, el mas completo, el mas seguro escritor de esta vida, había oído hablar de Larroque. Pedro Le Nain murió á la edad de 73 años siendo subprior de la Trapa. Como amigo y confidente de Rancé, se expresó de este modo en el libro III, cap. 9.º de la Vida del Reformador:

«Ademas de todos estos libelos se publicó otro por un hugonote con este título: *Motivos de la conversión del abad de la Trapa*; pero el autor de las *Homilias familiares* sobre los mandamientos de Dios, tomo III, pág. 378, lo refuta admirablemente diciendo: «Sé que un ministro hereje ha hecho cuanto ha podido por desacreditar á un santo abad, pero también me consta que toda la Francia y los países circunvecinos han considerado este miserable libro como un libelo infamatorio, y á su autor como un impostor que funda todas sus calumnias en juicios los mas temerarios que se pueden imaginar; como si para destruir las mas brillantes y sólidas virtudes, bastase decir temerariamente que no tienen otro origen mas que el orgullo del que las practica.» Así se exime Le Nain del cuidado de responder. Las ampliaciones del autor de las *Homilias familiares* son naturales, pero no destruyen ninguna asercion.

Un diluvio de reprobaciones católicas ha caído sobre el hecho aislado referido por una pluma protestante; pero, si bien, pueden imparcialmente negarse los errores asentados sobre la juventud de Rancé, no se pueden negar relaciones que atestiguan toda la historia: sin duda se ha pretendido, mostrando pecador á Rancé, disminuir la autoridad de los ejemplos de su virtud. Y sin embargo, ¿no debieron San Gerónimo y San Agustín sus últimas fuerzas á sus primeras flaquezas? Una confesión franca hubiera libertado á Rancé para siempre de las calumnias. No se le acusaba directamente de la culpa, es verdad, porque hubiera sido preciso acusar á toda la tierra; pero se acriminaba la vida entera de un hombre para consolarle de lo que callaba. Fuerza es reconocer no obstante que el silencio de Rancé es terrible, y que da que dudar á los mejores críticos: un silencio tan largo, tan profundo, tan completo, se alza ante nuestra mente como una barrera insuperable. Y qué; un hombre no ha podido desmentirse un solo instante! ¿Cómo? ¡el silencio absoluto podría pasar por una verdad! Este dominio de un hombre sobre si mismo espanta, Rancé no dirá nada, se llevará toda su vida á su sepulcro. Es preciso temblar delante de semejante hombre.

Así es que ni los que desechan la anécdota de Larroque ni los que la admiten alegan prueba ninguna de su negación ó de su afirmativa. Los incrédulos no tienen en su favor mas que la inverosimilitud del ataud demasiado corto, y en efecto ¡era tan fácil alargarle para dar el espacio necesario á aquella hermosa cabeza que tantas veces se había reclinado en el seno de la vida! Pero supongamos con Saint-Simon, como él lo insinúa, que la degollación fue únicamente obra de un estudio anatómico, y todo se explicará. No sería imposible que despues del fallecimiento de la duquesa de Montbazon, Rancé obtuviese la reliquia que

(1) Maupeou, tomo I, pág. 581.

había adorado. Margarita de Valois y la duquesa de Nevers hicieron embalsamar las cabezas de Coconnas y de la Mole, sus amantes decapitados, y las conservaron entre las prendas de su amor. (Diario de Enrique III).

Todos los poetas han adoptado la versión de Larroque, y todos los religiosos la han rechazado, en lo cual han hecho bien, pues hería la delicadeza de sus virtudes, y no podían destruir la relación de Larroque con un mentís apoyado en un documento irrecusable; al lector indiferente sin embargo le es lícito, á falta de pruebas positivas, examinar pruebas negativas. Ya he hecho observar, que Marsolier nada dice de la duquesa de Montbazon, silencio favorable á la opinión de Larroque: el mismo Marsolier añade esta reflexión á su silencio: «La muerte y la desgracia de varias personas con quienes tenía Rancé estrechos vínculos le conmovieron profundamente: un horrible vacío, dice, ocupaba mi corazón siempre inquieto, siempre agitado y nunca contento: me conmovió sobre todo la muerte de algunas personas, y la insensibilidad en que las ví en aquel terrible momento que iba á decidir de su eternidad, y resolví retirarme á un sitio donde pudiese vivir desconocido del resto de los hombres.»

En los corredores de la Trapa, entre varias inscripciones, se leía esta sacada de San Agustín: Reteníanme las fruslerías de las fruslerías y las vanidades de las vanidades, antiguas amigas mías (*Retinebant nugæ nugarum, et vanitates vanitatum antiquæ amicæ meæ*). En uno de sus pensamientos, Rancé observa que «los que mueren, bien ó mal, suelen morir mas para aquellos á quienes dejan en el mundo que para ellos mismos.»

Bossuet, transmitiendo á Rancé las oraciones fúnebres de la reina de Inglaterra y de madama Enriqueta, le escribe: «He mandado enviaros dos oraciones fúnebres que, porque manifiestan la miseria del mundo, pueden figurar entre los libros de un solitario, y que en todo caso puede mirar como dos calaveras harto tristes.»—¿Sabía por ventura Bossuet lo que se contaba de madama de Montbazon? ¿Aludía tal vez á la cabeza de aquella mujer al enviar otras dos cabezas á conversar con ella?

La especie de formidable chanza que le dirige ¿no parece que tiene relación con la ligereza de la primera vida de Rancé y la severidad de su segunda vida?

Es fama que se enseñaba en la Trapa la cabeza de madama de Montbazon en la estancia de los sucesores de Rancé, cosa que niegan los solitarios de la Trapa resucitada: los recuerdos antiguamente conservados no veían tal vez la frente de la víctima tan despojada como la había dejado la muerte. En la relación de los viajes del caballero de Bertin se halla este pasaje: «Ya hemos llegado á Anet. La estatua de Diana de Poitiers de cuerpo entero no es sin duda tan interesante como la cabeza misma de madama de Montbazon llevada á la Trapa por el abad de Rancé, y conserva en la estancia de sus sucesores.»

Tampoco son de despreciar las indicaciones de los poetas. Madama de Tencin, que nació en 1681 (y que por consiguiente fue 19 años contemporánea de Rancé), escribió las *Memorias del conde de Comminges*, abundantes en recuerdos: en ellas madama de Montbazon se convierte en aquella Adelaida, misteriosa solitaria que se da á conocer por el ardor con que cava su sepultura. ¿Quién dió nacimiento á este género de ideas? Resortes son estos muy diferentes de las insensatas invenciones y de las ideas disformes que actualmente se agitan en las tinieblas. El nombre de Comminges está tomado del obispo con quien se paseaba Rancé por los Pirineos: muchas veces sucede que se buscan personajes extraños para ocultar relaciones directas, y un nombre que hostiga la memoria se desliza en ella bajo mil disfraces. Nos ha quedado

una aventura contada por Maupeon, de dos hermanos enamorados de la misma mujer, y que despues de haberse batido, vivieron muchos años en la Trapa sin reconocerse; hay una composición de Florian sobre Lainval y Arsenia; una heroína de Colardeau que describe la muerte de la duquesa de Montbazon.

Desesperado, loco, á mi morada
el paso dirigía,
y el ataúd y la cabeza amada
á mi lado veía.

Rancé había hecho pintar en la Trapa á San Juan Climaco lanzando gemidos, y á Santa María Egipcíaca asistida por San Socimo, y para ambos cuadros compuso inscripciones. En el epigrama de doce versos latinos dirigidos á la penitente se leía:

Ecce, columba gemens, sponsi jam sanguine lota.

Añádase á estas semi-indicaciones la desesperación de Rancé, y fórtese el lector la opinión que quiera. Los anales humanos se componen de muchas fábulas mezcladas con algunas verdades; todo el que está consagrado al porvenir guarda en el fondo de su vida una novela para dar origen á la leyenda, reflejo de la historia.

El día mismo en que murió madama de Montbazon, Rancé tomó la posta y se retiró á Veretz, creyendo hallar en la soledad consuelos que no hallaba en ninguna criatura; pero el retiro no hizo mas que aumentar su dolor: una negra tristeza sucedió á su alegría; las noches le eran insostenibles, pasaba los días vagando por los bosques, por las márgenes de los ríos y de los estanques, llamando por su nombre á la que ya no podía responder.

Cuando consideraba que ya no existía aquella criatura que brilló en la corte con mas esplendor que ninguna otra mujer de su siglo, que sus encantos habían desaparecido y que ya no volvería á ver á aquella persona que le había elegido entre tantos otros, se admiraba Rancé de que su alma no se separase de su cuerpo.

Como había estudiado las ciencias ocultas, apeló á las supersticiones usadas para resucitar á los muertos. El amor traía á su memoria cultivada el sacrificio de Simeta procurando atraer á un infiel con uno de los nombres de un gorrion consagrado á Venus; invocaba á la luna y á la noche; experimentaba todas las angustias y todas las palpitaciones del que espera; pero en vano, la muerte había hecho cometer á madama de Montbazon la eterna infidelidad; nada se apareció en aquellos sombríos y solitarios sitios que suelen frecuentar los espíritus (1).

Empero si Rancé no tuvo las visiones de los poetas de la Grecia, tuvo una visión cristiana. Paseábase un día por las arboledas de Veretz, cuando le pareció que empezaban á arder unas granjas inmediatas: vuela hácia el incendio, pero este disminuye á medida que él se acerca; á cierta distancia desaparece y se convierte en un lago de fuego, en medio del cual se alza hasta medio cuerpo una mujer devorada por las llamas. Lleno de terror echa á correr hácia la quinta; le faltan las fuerzas al llegar, y tiene que echarse en una cama: estaba tan fuera de sí, que no fue posible en el primer momento arrancarle una sola palabra (2).

Al fin se calmaron estas convulsiones del alma, y no le quedó de ellas á Rancé mas que la energía de donde emanan las resoluciones vigorosas.

Fray Juan Bautista de Latour, prior de la Trapa, escribió una vida de Rancé, de que quedaron algunas copias manuscritas, y de que se citan algunos pasajes, entre otros este, en que habla el mismo Rancé: «Mientras yo seguía los descarrios de mi corazón, no solo

(1) Fray Gervaise: *Juicio crítico, pero justo, de las vidas del difunto señor abad de Rancé*, pág. 160 y sig.

(2) Maupeon.

»bebía como agua iniquidad, sino que cuanto leía y oía del pecado solo servía para hacerme mas culpable. Llegó en fin el dichoso tiempo en que le plugo al Padre de las misericordias convertir sus ojos hácia mí: ví al despuntar el día el monstruo infernal con quien había vivido, y fue tan prodigioso el espanto de que me sentí dominado al aspecto de aquella tremenda vision, que no creo posible que se me pase en toda mi vida.»

Rancé recurrió á la penitencia, y la madre Luisa, antigua querida de Gaston, duque de Orleans, religiosa de la Visitación de Tours, le indicó por director al P. Seguenot, de cuya dirección pasó á la del padre de Monchy, hombre instruido y de buen nacimiento.

De todas partes le llegaban á Rancé avisos bajo diferentes formas. Oigamos la curiosa anécdota que refiere en las *Obligaciones de los Cristianos*:

«Un día me encontré con un pastor que conducía un rebaño por una gran campiña; un temporal le había obligado á refugiarse bajo la copa de un árbol para guarecerse de la lluvia y el viento. Díjome que era para él un gran consuelo pastorear aquellos sencillos é inocentes animales, y que no quería dejar la tierra por ir al cielo, sino creyera encontrar en él campiñas y rebaños que apacentar.»

En Veretz, en vez de complacerse en la antigua casa de sus delicias, Rancé la vió con disgusto. La plata y el oro resplandecían en los muebles: la molición misma se hubiera hallado allí demasiado cómoda, dice un clásico de aquella época. Los salones estaban adornados con excelentes cuadros, los jardines deliciosamente arreglados: mucho era esto para un hombre que nada veía ya mas que al trasluz de sus lágrimas. Pronto lo reformó todo; la frugalidad reemplazó al lujo de su mesa; despidió á la mayor parte de sus criados; renunció á la caza, y se abstuvo del dibujo, al que era en extremo aficionado.

Algunos amigos, convertidos como Rancé á pensamientos cristianos, se asociaron á él para empezar aquellas mortificaciones de que debía dar tan grandes ejemplos. Parecía que jugaba á la penitencia para aprenderla antes de practicarla: es curioso asistir á aquella conquista del hombre sobre el hombre: «O el Evangelio me engaña, solía repetir Rancé, ó esta casa es la de un réprobo.»

Precisado á ir á París para un asunto, hospedóse en el Oratorio. Mucho le costaba sofocar aquellos pensamientos que por tanto tiempo había abrigado, y que aun entre los sepulcros perseguían á un gran solitario: San Gerónimo llevaba á cuevas, cargas de arena por las áridas orillas del mar Muerto para ahogar en el sudor sus pensamientos. Yo también he recorrido aquellas orillas bajo el peso de mi agitado espíritu. Dos tentadoras buscaron á Rancé; díjéronle que no eran comparables en la hermosura á quien lloraba, pero que le profesaban un afecto no menos vivo que cualquiera de los que había inspirado. Rancé asió un crucifijo y huyó...

Aconsejaron algunos á Rancé que se consagrara á las misiones. Ir á las Indias, vagar por entre los peñascos del Himalaya!... Había en esto analogía con la grandeza y la melancolía del alma de Rancé; pero estaba reservado á otro destino.

Impulsado por sus desgracias, retenido por sus hábitos, todavía no había renunciado Rancé á sus empleos. Habiendo llegado su época de servicio, como limosnero del duque de Orleans, pasó á Blois: ya había insinuado al príncipe algunas ideas de retiro: la profesión de la madre Luisa había madurado en Gaston estos pensamientos. La pecadora convertida oraba en la Visitación, en Tours, para hacer violencia á la misericordia de Dios. Convino en que Gaston se retirara al palacio de Chambor con doce de sus mas fieles servidores, y Rancé fue elegido para

acompañar al príncipe, que espiró allí poco tiempo despues...

Entonces escribió Rancé á Arnault d'Andilly la carta siguiente:

Blois 8 de febrero de 1660.

«No hubiera tardado tanto en escribiros á no haberme impedido la enfermedad y muerte de Su Alteza. Confiésoos que habiéndole asistido cuanto he podido en los últimos momentos de su vida, estoy tan traspasado de dolor que no acierto á volver en mí: solo nos queda el consuelo de que ha muerto con todos los sentimientos y toda la resignación que debe tener un verdadero cristiano en la voluntad de su Dios. Al principio de su enfermedad recibí á Nuestro Señor, y él mismo cuidó de pedirlo segunda vez en el viático con grandes demostraciones de una fe viva de un gran desprecio de las cosas de este mundo. ¿Qué lección para los que no están desprendidos de ellas y para los que están persuadidos de su vanidad y trabajan por romper con ellas! Este pobre príncipe díjo en la mañana del día de su muerte estas propias palabras: *Domus mea, domus desolationis*; y como quisieran persuadirle que no estaba tan malo como creía, replicó: *Solum mihi superest sepulchrum*; en seguida pidió la Extrema-Unción, y díjo, que estaba conforme con la voluntad de Dios; en fin, estoy persuadido de que el Señor le ha sido misericordioso. No puedo referiros las circunstancias de su muerte; vos escribo desde Blois, con un constipado que no me deja sosegar. Os ruego que pidáis á Dios que me haga la merced de dejarme sacar todo el provecho que debo de un suceso tan terrible como este...»

Mostróse Rancé tan tierno en aquella ocasión que todos deseaban tenerle á su lado en el momento supremo; creíase no poder bien morir sino entre sus manos, como otros habían querido vivir en ellas. No bien hubo espirado Gaston cuando lo abandonaron sus familiares: Rancé quedó casi solo junto al cadáver... Luego se retiró á su provincia de Mans, donde estuvo escondido dos meses y hasta mudó de nombre, cual si temiera ser reconocido y detenido á las puertas del cielo.

Al fin resolvió llevar á cabo el proyecto que meditaba hacia mucho tiempo de someter su futura conducta al consejo de los obispos de Aleth y de Comminges: el 21 de junio de 1660 escribió á la madre Luisa: «Mañana parto á escondidas de todos mis amigos.» El 27 del mismo mes llegó á Comminges: lo mismo llegó yo á Granada despues de un terremoto, revolviendo quimeras en mi mente, despues del desastre de la Vega.

El obispo de Comminges iba á hacer la visita de su diócesis, en la que le acompañó Rancé.

Hallaron en las cavernas circunvecinas algunos cristianos que apenas tenían aspecto humano. El obispo aliviaba su miseria, los reunía, se sentaba en medio de ellos sobre la yerba de los ribazos. El abad de Rancé se sentía profundamente conmovido, considerando que el buen pastor había buscado de aquella suerte á sus ovejas descarriadas.

Un día se estaba paseando solo con el obispo por un sitio muy solitario desde donde se descubrían los mas altos Pirineos: «Notó el obispo (copió las palabras de Marsolier) que el abad recorria con la vista las montañas con una atención que le hacia parecer distraído; y sospechando que hubiera en ello algún misterio, le díjo, que no parecía sino que estaba buscando un sitio donde poder construir una ermita. Sonrojóse el abad; pero como era sincero, confesó que tal era en efecto su pensamiento, y que creía que no podía hacer cosa mejor.—Si así es, repuso el obispo, á nadie podeis dirigiros mejor que á mí: yo conozco estas montañas, que he recorrido muchas veces al

«hacer mis visitas, y he visto en ellas sitios tan horribles y apartados de todo comercio que, por exigente que seáis, no podran menos de satisfaceros.—Persuadido el abad de que su interlocutor hablaba seriamente, le instó con aquella vivacidad que le era natural á enseñarle aquellos sitios.—Me guardaré muy bien de hacerlo, dijo el obispo; esos sitios son tan tentadores que si una vez los veis será imposible arrancaros de ellos.» Después de haber visitado al obispo de Comminges, fué Rancé á visitar al de Aleth. «El lugar de su residencia, escribía Rancé, es espantoso, y está rodeado de altas montañas á cuyo pié hay un torrente que se precipita con mucho estruendo y rapidez.»

Estos pasos de nuestras antiguas costumbres refrescan la fantasía. Es una delicia asistir á las conversaciones del abad de Rancé sobre la legitimidad de los

bienes que se pueden ó no se pueden poseer, sobre lo que es lícito conservar, sobre lo que es de obligación devolver, sobre la cuenta que debemos á Dios de nuestras riquezas. Estos escrúpulos de conciencia eran entonces los negocios principales: al lado de nuestros padres somos unos pigmeos: el hombre era entonces estimado, cualquiera que fuese su condición; el pobre era pesado con el rico en la balanza del santuario: esta igualdad moral le hacia sobrellevar las desigualdades políticas. Bruno en los Alpes, Pablo en la Tebaida, no quisieron abandonar su retiro como no hubiera querido Rancé dejar los Pirineos, pero estas últimas montañas tenían un peligro: su sol era demasiado espléndido, y desde sus cimas podía fácilmente lanzarse el pensamiento á las moradas de Inés y de Jimena.

Largo tiempo después del viaje de Rancé una ca-



RANCÉ.

brera, muchacha de doce años, que llevaba sus cabras á la parroquia de Alan, diócesis de Comminges, cayó en una sima exclamando: «¡Jesús!» Apareciósele una señora vestida de blanco, que le dijo: «Nada temas» y la sacó del precipicio. Dijo la niña á la santa Virgen (pues ella era) que se le habia perdido su rosario, y la Virgen le dió uno, recomendándole que mandase á un sacerdote que hiciese edificar una capilla en el sitio en que se habia caído. El obispo de Comminges, antiguo huésped de Rancé, escribió sobre esto á la Trapa, y Rancé, desde el fondo de su abadía, aconsejó la erección de una capilla dedicada Nuestra Señora de San Bernardo, cuyas ruinas son la primera piedra miliaria de Rancé en la soledad.

Los obispos de Comminges y de Aleth habian reprobado al principio los designios extremados de Rancé, aconsejándole aquella moderación que es el carácter de la virtud: «No pensais, le decian, mas que en vivir

para vos.» El obispo de Aleth aprobaba que Rancé se deshiciera de su hacienda, pero se oponia á su inclinación á la soledad: «Esa inclinación, repetia, no siempre viene de Dios: muchas veces la inspira un grande hastío del mundo, hastío cuyo motivo no siempre es puro.»

Convencido en lo tocante al peligro de los bienes, no lo estaba igualmente el abad en punto al desierto. Cedia en cuanto al abandono de sus beneficios; convenia en que un abad comendatario no estaba en la mente de la Iglesia; pero nunca oia hablar sin terror de una abadía regular. Muchas veces habia exclamado: «¡Yo, meterme fraile!» Su correspondencia con sus amigos da testimonio de sus perplejidades: «Mis cuidados exteriores son los menores de mi vida: no puedo defenderme de mí mismo.»

Todo es frágil; después de haber vivido algo, no se sabe si se ha vivido bien ó mal. El obispo de Aleth se

mantuvo primero en las opiniones que le habian merecido el afecto de Rancé; acordábase de haber conversado con el futuro solitario á trescientos pasos de la casa del obispo, á la orilla de un rio, como los ancianos de Platon hablaban de las leyes en la montaña de Creta. Bajemos el tono de la lira, mudemos los interlocutores y el soplo del mismo torrente nos traerá palabras llenas de otras quimeras. Muchos años perseveró el obispo de Aleth en las sanas doctrinas: luego llegó el momento fatal. Madama de Saint Loup escribió sobre ello á Rancé el 29 de enero de 1697, y Rancé, que llegaba á su fin, no tuvo mas consuelo que las lágrimas. El obispo de Aleth cedió al doctor Arnault y á M. de Vaucelles, doctoral de Aleth: se retiró á los Pais-Bajos y fue enviado oscuramente á Roma por sus correligionarios bajo el nombre de Valoni. La infidelidad

habia perdido su grandeza: Arrio no caia ya del medio del concilio de Nicea arrastrando consigo una parte de la cristiandad.

En Veretz, adonde siempre volvía, vió Rancé conjurada contra él una familia numerosa, amigos descontentos; criados afligidos. Queriendo reducirse á la dobreza, experimentaba las dificultades que cuesta el enriquecerse. No se podia saber cuál era el móvil que le impulsaba, porque desde la muerte de madama de Montbazon, jamás, excepto en su primera desesperación, habia salido de su boca el nombre de esta mujer; pero se adivinaba en él una pasión reprimida que daba á sus menores actos el interés de un combate desconocido.

Estos recuerdos de la tierra eran un odio de la vida, convertido en él en una verdadera idea fija. Su extin-



ENCUENTRO DE RANCÉ CON UN PASTOR.

guida esperanza de la humanidad se parecia al estoicismo de los antiguos, con la diferencia de que atravesaba por el cristianismo. Los platónicos de la escuela de Alejandria se mataban para llegar al cielo, pero, ¿qué de angustias para una pobre alma cuando lucha en semejante situación! En ella experimenta los diversos movimientos del suicidio, de la incertidumbre y del terror, antes de haber tomado su resolución.

«Os confieso, dice el abad de la Trapa en sus cartas, que no veo un solo hombre en el mundo con el menor placer. Pronto hará seis años que no hablo mas que de desprendimiento y retiro, y todavía está por dar el primer paso, y entre tanto se acaba la carrera de la vida, y llega la vigilia después del sueño, y se halla uno sin trabajo. Tanto deseo verme olvidado que ni siquiera pienso que he existido.»

Vendió su vajilla de plata y distribuyó su importe en limosnas, recriminándose por las dilaciones que habia puesto en socorrer á los necesitados. De dos hermosas casas que tenia en París hizo á los hospitales donación formal ante escribano: por último sacrificio, se deshizo de su quinta de Veretz, pero por un resto

de flaqueza dió la preferencia á las ofertas de uno de sus parientes, que no pudo realizarlas, por lo que se traspasó la adquisición al abate de Effiat, favorito de Ninon de Lenclous. Los 100,000 escudos que recibió Rancé de la venta pasaron inmediatamente á las administraciones de los hospitales.

Existen unas cartas modernas fechadas en Veretz: ¿quién ha osado escribir en este sitio después del gigantesco penitente? En los bosques de Larcay, propiedad antiguamente de Rancé, en los parques de Montbazon, entre nombres que recordaban una antigua vida, se halló el 11 de abril de 1825, un cadáver. El 10 de abril, al caer la tarde, se oyó una voz que decia: «¡Me han muerto!» Una mujer escondida entre la enramada con su amante, habia sido testigo de un asesinato, del asesinato de Courier. Las opiniones de este célebre publicista habian reducido en Veretz su intimidad á rivalidades mezquinas:—sin sabores que á nadie interesan, gemidos que van á perderse en el mudo Océano, que avanza sobre nosotros. Acaso algun tordo repite ahora el acto trágico en los bosques donde arrastró Rancé sus miserias. Courier habia escrito en